

La espada de Joram

Margaret Weis
Tracy Hickman

Volumen 3

El Triunfo



Joram regresa del Más Allá junto a Gwendolyn, su esposa. Lo primero que hace es romper el hechizo que pesa sobre Sayron y éste deja de ser una estatua de piedra. De este modo, Joram recupera la Espada Arcana aprisionada en las pétreas manos del catalista.

La llegada de Joram coincide con el inicio de la guerra entre Sharakan y Merilon y él se verá obligado a ayudar a los habitantes de su mundo en la lucha contra un temible y extraño ejército procedente del Más Allá, mandado por un diabólico hechicero, llamado Menju, cuyo objetivo es apoderarse de toda la magia y dominar el universo. La lucha será desigual y temible, y el desenlace sorprendente.

Joram, acompañado por Sayron, Mosiah y el inefable Simkin, cumplirá la Profecía de la Espada Arcana, la Profecía que pone en sus manos la destrucción del mundo o su salvación.

Agradecimientos

Nos gustaría dar las gracias efusivamente, por su valiosa ayuda y constante apoyo a las siguientes personas:

A nuestro agente, Ray Peuchner, fallecido trágicamente de cáncer en el verano de 1987. Ray, a quien siempre recordaremos como a una persona amable y tierna, no sólo fue nuestro agente sino también nuestro amigo, y lloramos su muerte del mismo modo en que nos alegramos de que su vida fuera tan hermosa.

A Laura Hickman por sus consejos, su apoyo, y por soportar a Tracy.

A nuestros colaboradores Larry Elmore y Darryl Viscenti, Jr.

A Valerie Valusek, y a Steve Sullivan, ambos amigos nuestros y a la vez valiosos miembros de nuestro «equipo».

A Patrick Lucien Price por compartir con nosotros sus conocimientos sobre las cartas del tarot y el arte de la adivinación.

A John Hefter por facilitarnos las frases en lengua latina y por ayudarnos a descubrir la verdadera naturaleza de la búsqueda de la comprensión espiritual. Es a John, precisamente, a quien dedicamos el personaje del prudente y bondadoso sacerdote, Saryon.

A nuestra editora, Amy Stout, quien probablemente eliminará esta pequeña nota de reconocimiento, aunque esperamos que no lo haga porque se la merece.

Y finalmente a vosotros —nuestros lectores— cuyo continuado y entusiasta apoyo unido a vuestros amables co-

mentarios hizo que disfrutáramos tanto escribiendo esta obra.

El Vigilante

El Vigilante de piedra de nueve metros de altura que montaba guardia en la Frontera de Thimhallan, había visto muchas cosas extrañas con sus pétreos ojos durante los últimos diecinueve años. Este Vigilante llevaba únicamente diecinueve años en su puesto. Anteriormente su condición fue la de un ser humano, un catalista; su crimen había sido producto de la pasión. Había amado a una mujer, cometiendo el imperdonable pecado de unirse a ella físicamente, y engendrar un niño. Por ese motivo se lo había condenado a la Transformación, durante la cual se convirtió su carne en piedra viviente, y a permanecer para siempre en la Frontera, con la mirada clavada en el reino del Más Allá, el reino de la muerte cuyo dulce reposo y paz nunca conocería.

El Vigilante rememoró los primeros seis años pasados después de su Transformación. Seis años de un vacío insoportable, durante los que raras veces tuvo ocasión de ver a un humano, y mucho menos de oír una voz humana. Seis años durante los cuales su mente y su alma se retorcían furiosas en su interior. Pero aquel período pasó, y un día una mujer trajo a un niño a sus pies. Era un hermoso pequeño, de largos cabellos negros y enormes ojos de un castaño oscuro.

—Éste es tu padre —había dicho la mujer al niño, señalando a la estatua de piedra.

¿Sabía el Vigilante que aquello no era verdad? ¿Sabía que su hijo había muerto al nacer? Lo sabía. En lo más profundo de su corazón, tenía la certeza de que los catalistas

no habían mentido al predecir que no habría descendencia de su unión con aquella mujer. ¿De quién era aquel niño? Eso era algo que el Vigilante desconocía, y lloró por la criatura y aún más por la pobre mujer que un día había amado y que ahora estaba a sus pies, vestida con andrajos y mirándolo con ojos dementes.

Durante muchos y largos años después de aquello, el Vigilante permaneció allí de pie, exteriormente sereno, pero con el espíritu atormentado en su interior. Algunas veces veía cómo a otros de su Orden —catalistas— se los convertía en piedra por alguna infracción que habían cometido. Otras veces observaba cómo a un mago del país se lo enviaba al Más Allá, castigo infligido a aquellos que poseían el don de la Vida. Veía al Verdugo arrastrar a la víctima hasta los límites de la arenosa orilla, y contemplaba cómo ésta era arrojada a las siempre cambiantes brumas que señalaban la Frontera del Mundo. Sus oídos de piedra escuchaban el horrorizado alarido que surgía de aquellos remolinos de niebla gris, y luego la nada. El Vigilante envidiaba a aquellos proscritos; los envidiaba amargamente, ya que ellos descansaban por fin, mientras que él debía seguir viviendo.

Pero el espectáculo más extraño que observara jamás había tenido lugar tan sólo un año antes. ¿Por qué lo había impresionado?, se preguntaba a menudo durante las oscuras horas de la noche, que eran las más difíciles de soportar. ¿Por qué había dejado una huella dolorida en su pétreo corazón cuando ninguno de los demás la había producido? No lo sabía, y algunas veces meditaba sobre ello durante días y más días, reviviendo la escena mentalmente una y otra vez.

Había sido otra Transformación. Había reconocido los preparativos: los veinticinco catalistas saliendo de los Corredores, la señal dibujada en la arena para indicar el lugar donde debía situarse la víctima, el Verdugo ataviado con la túnica gris de la justicia. No obstante, ésa no había sido

una Transformación corriente. El Vigilante quedó muy sorprendido al ver llegar al Emperador con su esposa, luego apareció el Patriarca Vanya —el Vigilante lo maldijo en silencio— y el príncipe Lauryen, hermano de la Emperatriz.

Por último, trajeron al prisionero. El Vigilante se asombró aún más. ¡Aquél joven de largos cabellos negros y cuerpo fornido no era un catalista! Y, según la costumbre, tan sólo los catalistas eran sentenciados a la Transformación. ¿Por qué era diferente aquel joven? ¿Cuál era su crimen?

Observó con avidez, agradecido por tener algo que mitigara el horrible tedio de su existencia. Vio llegar entonces a un catalista y mientras el sacerdote ocupaba su lugar junto al Verdugo, el Vigilante advirtió que el sacerdote llevaba una espada, una espada de aspecto muy extraño. El Vigilante nunca había visto una parecida, y se estremeció al contemplar aquel metal negro y sin brillo.

Se hizo el silencio entre los espectadores, y el Patriarca Vanya leyó los cargos.

El joven estaba Muerto. Había asesinado. Y lo que era aún peor, había vivido entre los Hechiceros de las Artes Arcanas y allí había creado un arma endiablada y perversa. A causa de todo esto se lo iba a Transformar en Piedra, y lo último que verían sus ojos, mientras su visión se congelaba, sería la terrible arma que había traído al mundo.

El Vigilante no reconoció en el joven al niño que se había acurrucado a sus pies hacía tantos años. ¿Por qué debiera de haberlo hecho? No existía ningún vínculo entre ellos. Sin embargo, sintió lástima por él. ¿El motivo? Quizá porque una muchacha de dorados cabellos —no mucho mayor que la mujer que él había amado en una ocasión— era obligada a presenciar toda la escena, de la misma forma que se había forzado en otro tiempo la asistencia de su amada. Sintió gran compasión por ambos jóvenes, especialmente cuando vio que el muchacho caía de rodillas ante el catalista, llorando de miedo y de terror.

El Vigilante vio al catalista abrazar al joven y su corazón de piedra lloró por los dos. Contempló cómo el muchacho se ponía en pie —erguido en toda su estatura— para enfrentarse a su castigo, mientras el sacerdote ocupaba su lugar junto al Verdugo, con la espada en la mano. Los veinticinco catalistas extrajeron la magia, la Vida del mundo, la concentraron en su interior, y luego abrieron los conductos hacia el Verdugo. La magia describió un arco surgiendo de ellos hacia su destino, el Verdugo la hizo suya y empezó a lanzar el hechizo que transformaría la carne del joven en piedra.

Pero, de repente, el catalista portador de la espada se inmoló a sí mismo interponiéndose en el camino de la magia. Sus piernas empezaron a endurecerse, convirtiéndose en piedra; con sus últimas fuerzas, el sacerdote arrojó la espada al joven.

—¡Huye! —gritó.

Pero no huyó. El Vigilante percibió el espantoso poder de la espada incluso desde donde se hallaba, a unos seis metros de distancia. Sintió cómo ésta empezaba a absorber la Vida del mundo: contempló cómo destruía a dos Señores de la Guerra consumiéndolos en una llamarada; la vio hacer caer de rodillas al Verdugo, y, si sus pulmones hubieran podido inhalar aire, el Vigilante hubiera lanzado un aullido de triunfo.

—¡Mata! —deseaba gritar—. ¡Mátalos a todos!

Sin embargo un hecho quedaba fuera de la fuerza de aquella poderosa espada: no podía invertir el hechizo de la Transformación, y el joven presenció cómo el catalista se convertía en piedra ante sus ojos. El Vigilante percibió su dolor y esperó impaciente, con el corazón lleno de odio, la venganza del muchacho.

Pero no hubo tal venganza. En lugar de ello, el joven tomó el arma y la colocó con gran respeto en las manos del catalista, inclinó la cabeza sobre el pecho de piedra de su amigo, y luego se dio la vuelta y se adentró en las brumas

del Más Allá. La muchacha de los cabellos dorados lo siguió, gritando su nombre.

El Vigilante lo miró asombrado. Esperó a que le llegara el sonido de aquel último grito de terror, pero fue en vano. De las cambiantes brumas no brotó más que silencio.

La pétrea mirada del Vigilante se dirigió entonces hacia los que habían quedado allí y comprobó con macabra satisfacción que la venganza del muchacho se producía aunque él hubiera desaparecido. El Patriarca cayó al suelo como herido por un rayo. El cuerpo de la Emperatriz empezó a descomponerse. Fue entonces cuando el Vigilante advirtió que debía de hacer tiempo que estaba muerta, y de que había seguido existiendo sólo gracias a la magia. El príncipe Lauryen corrió hacia la estatua de piedra e intentó arrebatarse la espada de las manos, pero el catalista la sujetaba con fuerza.

Pronto, los vivos abandonaron la Frontera, dejándosela de nuevo a los muertos vivientes, cuyo número había aumentado con aquella nueva estatua, con aquel nuevo Vigilante. Sólo que a éste no se le habían dado los nueve metros de altura que tenían los otros, y su rostro no estaba congelado en una expresión de terror, odio o resignación, como ocurría con los de los otros.

La estatua de piedra del catalista que sujetaba la extraña espada entre las manos miraba hacia el Reino del Más Allá, como todas, pero en su rostro se dibujaba una expresión de inmensa paz interior.

Y sucedió algo poco frecuente en relación con la nueva Transformación: tuvo un único y extraño visitante. Cuando éste se marchó, alrededor del pétreo cuello del catalista quedó revoloteando alegremente al viento una banda de seda naranja.

LIBRO I

01... ---

Y vivirá de nuevo

Los Vigilantes habían custodiado la Frontera de Thimhallan durante siglos. Era la tarea que se les había impuesto; durante noches en blanco y días llenos de monotonía, debían mantener la vigilancia sobre el límite que separaba aquel reino mágico de cualquier cosa que hubiera en el Más Allá.

¿Qué había en el Más Allá?

Los antiguos lo sabían. Habían llegado a aquel mundo huyendo de una tierra donde ya no se los quería, y ellos sí sabían lo que se ocultaba al otro lado de aquellas brumas en eterno movimiento. Para protegerse precisamente de aquello, habían rodeado su mundo de una barrera mágica, decretando que a los Vigilantes se los colocara en la Frontera, como centinelas eternamente despiertos. Ahora, no obstante, nadie lo recordaba. El paso de los siglos había diluido aquella historia. Si en realidad existía una amenaza que acechaba desde el otro lado de la Frontera, nadie se preocupaba por ello, ya que ¿cómo podría traspasar la barrera mágica?

Sin embargo, los Vigilantes seguían manteniendo su silenciosa guardia, no podían escoger. Y cuando la bruma se abrió por primera vez en siglos, cuando una figura surgió de la cambiante neblina gris y puso su pie sobre la arena,

los Vigilantes quedaron horrorizados y lanzaron su grito de alerta.

Pero, ahora, no quedaba nadie que supiera cómo escuchar las palabras de piedra.

Por eso nadie tuvo conocimiento del regreso del hombre. Había partido en silencio y en silencio regresaba. Los Vigilantes chillaron:

—¡Cuidado, Thimhallan! ¡Tu fin ha llegado! ¡Se ha cruzado la Frontera!

Pero nadie los oyó.

Había algunas personas que podrían haber percibido sus mudos gritos, si hubieran prestado atención. El Patriarca Vanya era una de ellas. Era el catalista de más categoría del país, y, como tal, se esperaba que su dios, Almin, le hubiera advertido sobre tal calamidad. Pero era la hora de la cena; Su Divinidad tenía invitados y, aunque el Patriarca había elevado una magnífica y devota oración para agradecer aquellos alimentos, todo el mundo tuvo la clara sensación de que a Almin, en realidad, no se lo había invitado.

El príncipe Lauryen debiera de haber oído el aviso de los Vigilantes de piedra. Era un Señor de la Guerra, después de todo —un *Dkarn-duuk*—, un Supremo Señor de la Guerra, y uno de los magos más poderosos del país. Pero tenía cosas más importantes en qué pensar. El príncipe Lauryen —perdón, el Emperador Lauryen— se estaba preparando para ir a la guerra contra el reino de Sharakan y tan sólo había una cosa que era más importante para él que aquello, mejor dicho, todo estaba relacionado entre sí: cómo recuperar la Espada Arcana, que sujetaban con fuerza las manos de la estatua de piedra... Si poseyera aquella poderosa espada —un arma que podía absorber magia—, Sharakan caería sin remedio ante el poderío del Emperador.

Así pues, el Patriarca Vanya estaba en sus elegantes aposentos de la fortaleza montañosa de El Manantial, cenando cabeza de jabalí, colas de lechón y camarones en vi-

negre, mientras hablaba con sus invitados sobre el temperamento y hábitos de los marsupiales, y las advertencias de los Vigilantes se ahogaron en su copa de vino.

El príncipe Lauryen caminaba por su laboratorio precipitándose de vez en cuando hacia un rincón para leer un párrafo de algún mohoso libro de hojas quebradizas, considerarlo con detenimiento, y luego sacudir la cabeza con un amargo gruñido. Sus juramentos ahogaron las amonestaciones de los Vigilantes.

Tan sólo una persona en todo Thimhallan oyó el aviso. En la ciudad de Sharakan, un joven barbudo ataviado con unas calzas moradas, pantalones rosa, y un chaleco de seda de un vivo color rojo, fue despertado de su siesta. Ladeando la cabeza hacia el este, el joven exclamó irritado:

—¡Cielos! ¿Cómo queréis que uno pueda dormir? ¡Acabad de una vez con ese terrible alboroto!

Y con un gesto de la mano hizo que la ventana se cerrara de un fuerte golpe.

¡Cuidado, Thimhallan! ¡Tu fin ha llegado! ¡La Frontera ha sido cruzada!

El hombre que había surgido de las brumas estaba próximo a los treinta, aunque parecía mayor. Su cuerpo era el de un hombre joven: fuerte, musculoso, firme y erguido. En su rostro las huellas de sufrimientos que podrían haber durado un siglo.

La faz que encuadraba la oscura y espesa melena era bien parecida, severa y —a primera vista— de aspecto tan frío e insensible como las pétreas de aquellos que lo contemplaban. No obstante, la mano de un Maestro había cincelado en aquel rostro signos de preocupación y dolor. El fuego de la cólera que en una ocasión había ardido en los ojos castaños se había extinguido, dejando tras él gélidas cenizas.

El hombre iba vestido con una larga túnica blanca de fina lana, cubierta por una húmeda y enlodada capa de viaje. De pie sobre la arena, oteó a su alrededor con la mirada lenta y deliberada de quien examina el hogar que no ha visto en muchos, muchos años. Su expresión de tristeza y aflicción no desapareció, sino que se intensificó. Volviéndose, tendió una mano hacia el interior de las brumas, otra mano tomó la suya, y una mujer de largos cabellos dorados salió de entre la cambiante niebla gris para colocarse junto a él.

Ella miró a su alrededor con aire aturdido, parpadeando bajo los rayos del sol que empezaba a ponerse y los contemplaba desde detrás de distantes montañas; su rojo e imperturbable ojo parecía examinarlos con asombro.

—¿Dónde estoy? —preguntó la mujer con voz pausada, como si hubiera estado andando por una calle y hubiera girado por la bocacalle equivocada.

—En Thimhallan —replicó el hombre en un tono de voz imperturbable que se extendió como un bálsamo sobre una profunda herida.

—¿Conozco este lugar? —interrogó ella, y aunque su compañero le contestó y ella aceptó sus respuestas, no le dirigió la mirada ni pareció estar hablando con él, sino que continuamente buscó y mostró hablar con un interlocutor invisible.

La mujer era más joven que el hombre, tendría unos veintisiete años. La dorada cabellera, dividida en dos en el centro de la cabeza, estaba sujeta con dos espesas y flojas trenzas que le colgaban hasta la cintura y le daban un aspecto infantil, rejuveneciéndola más aún; sus hermosos ojos azules acrecentaban también aquel halo pueril, hasta que se los contemplaba con atención. Entonces quedaba patente que su misterioso brillo y su extraordinaria fijeza no denotaban el inocente asombro de la infancia; sus pupilas percibían cosas que resultaban imperceptibles para otros.

—Naciste aquí —dijo el hombre con calma—. Te criaste en este mundo, al igual que yo.

—Es curioso —observó la mujer—. Creo que debería recordarlo. —Al igual que la del hombre, su capa se hallaba salpicada de barro y totalmente húmeda. También sus cabellos estaban húmedos, como lo estaban los de él, y se le pegaban a las mejillas. Ambos parecían fatigados, y como si hubieran viajado a través de un fuerte temporal de agua.

—¿Dónde están mis amigos? —preguntó ella, volviéndose a medias y mirando las brumas que tenían a su espalda—. ¿No van a venir?

—No —repuso el hombre en el mismo tono sosegado—. No pueden cruzar la Frontera, pero encontrarás nuevos amigos aquí. Dale tiempo. Lo más probable es que aún no estén acostumbrados a ti. Nadie ha hablado con ellos en este país durante mucho, mucho tiempo.

—Oh, ¿de veras? —La mujer se animó. Luego su rostro se ensombreció—. Qué solos deben de estar. —Llevándose una mano a la frente para cubrir sus ojos de los rayos del sol, empezó a mirar con atención a un lado y otro de la orilla—. ¡Hola! —saludó, extendiendo la otra mano como lo haría con un gato receloso—. Por favor, no pasa nada. No estés asustado. Puedes acercarte a mí.

Dejando a la mujer dirigiéndose al vacío, el hombre — con un profundo suspiro— se dirigió hacia la estatua de piedra del catalista; la que sujetaba la espada con sus manos de piedra.

Mientras contemplaba la estatua en silencio, dos lágrimas aparecieron furtivamente en sus límpidos ojos castaños: una desapareció entre las profundas arrugas esculpidas en su severo y lampiño rostro; su compañera se deslizó por la otra mejilla, perdiéndose en el espeso cabello negro que se enroscaba sobre los hombros del hombre. Aspirando profundamente con un estremecimiento, el hombre extendió la mano y tomó con suavidad la enseña de seda naranja —ahora ajada y rota— que ondeaba al viento con va-